

CUANDO Macoco me vio pasar con el inflador y la cadena en la mano, me preguntó con la falta de imaginación y/o cultura que lo caracteriza:

—¿Así que ahora andás en bicicleta?

Yo lo miré y preferí no contestarle. Ya no hablábamos el mismo idioma, éramos sapos de otros pozos — como dice Terencito, que es un genio para las frases. Macoco y yo: dos mundos. El con su bridge, sus estancias, sus flirts cada vez más espaciados... Yo: la pintura.

—¿La... qué?

Macoco se reía a los gritos chapoteando en su ignorancia.

—¿No me vas a hacer creer que eso es un cuadro? —y señaló mi última creación, un auténtico ejemplar de Pop-art, perfectamente resuelto con una lata de sardinas y cuatro números atrasados de Marcha. Realmente ¿qué podía decirle a este energúmeno, a este hombre de las cavernas? Me callé la boca y me dirigí al garage en donde había instalado mi atelier.

—Antes que te rapien las musas —

MONICA

BEL-POP

hay que ver lo que son las metáforas de Macoco— déjame sacar el Cadillac.

Yo le hice caso omiso y le contesté secamente:

—Llegaste tarde. Lo desarmé y ahora está integrado a una composición sublime. Vértigo 17, se llama. A Macoco le dio un ídem ahí mismo y hubo que izarlo hasta su dormitorio. Media hora más tarde, cuando Macoco deliraba, tenía lugar el vernissage de mis obras. Un éxito de locura. El crítico de un dromedario muy conocido, un tipo con barba, claro, y camisa abierta sobre la camiseta, me decía sudorosamente:

—¡Mónica: de aquí a la Bienal, sin etapas! ¡Esto es absolutamente convulsivo!

Terencito, que me había iniciado en la pintura hacía quince días, estaba frenético:

—¡Al fin una pintora como la gente! — chillaba. Estaba harto de melenudas mal vestidas! Gorda, ¿no te das cuenta que lo mejor del Pop es que no te arruina los Chanel con horribles manchas de óleo?

La más severa de nuestras críticas, me consagraba al lunes siguiente. "Es indudable que estamos ante la presencia de un creador indiscutible, sujeto a desvíos cromá-

ticos no ausentes de tonalidades escañadas, aunque no totalmente pusilánimes; lo que configura un súbito parentesco no sorprendente, pero desusado en nuestro medio, con discretas expresiones del vanguardismo tahitiano. Son particularmente gratas las composiciones a base de mantequilla fresca y los collages con horquillas de moño, un recurso válido, no obstante su evidente origen pre-doméstico". El más severo de los críticos, por rivalizar con ella, la dejó atrás en las ponderaciones y escribía:

"Si consigue encauzar algunos impulsos subconscientes —por ejemplo: resulta demasiado evidente ese afán de tirar la manteca al techo—. Mónica tiene asegurado un puesto entre los más ambiguos y promisorios plásticos nacionales".

Pero el médico fue terminante.

—Este colapso de su marido, señora, es más grave de lo que temía. Va a tener que pintar de urgencia un cuadro con un ranchito, y alguna vaquita, para que no siga creyendo que ha perdido la razón.

—¡Ay, doctor! —le contesté—. Lo malo es que yo no sé cuerear!